

CUENTOS TRADICIONALES

¿CÓMO NACIÓ EL TIBURÓN?

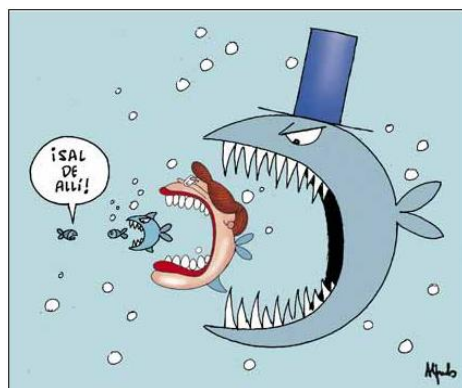
La avaricia desata tempestades. ¿Ayudas a los demás cuando están en apuros? ¿O prefieres no complicarte la vida y cerrar las puertas de tu corazón?

En la costa de Filipinas vivía Tahika, un hombre extraordinariamente rico, avaro y egoísta. Los años pasaban, y los pescadores cada vez eran más pobres a medida que Tahika cada vez era más rico.

Por aquel entonces se desató una hambruna terrible que acabó con parte de la población. Pero Tahika había llenado sus graneros de provisiones para subsistir hasta el fin del mundo. Muchos pescadores fueron a suplicarle ayuda, pero Tahika, fiel a su egoísmo y a su tacañería, se negó una y otra vez a ayudar a nadie.

Cierta noche se desató una fuerte tormenta, y un pobre viejo llamó a la puerta de Tahika en busca de refugio, pero éste se negó a abrirle. El viejo, muy enfadado, le dijo que Tahika se acordaría de haber sido tan avaro. La tormenta se convirtió en una terrible tempestad que inundó campos y pueblos. Incluso llegó a la casa de Tahika y le arrastró. Cuando se vio con el agua al cuello, el avaro gritó pidiendo auxilio, pero nadie le oyó y se lo tragó el mar. Entonces ocurrió algo sorprendente: su cuerpo se cubrió de una piel grisácea y dura, su cabeza cambió de forma y sus dientes se afilaron. ¡Se había convertido en un tiburón!

Está claro que el egoísmo y la avaricia no nos convierten en tiburones, pero sí en personas feas, repulsivas y distantes.



LA CANOA DE LA BALLENA



Cólera vaporizada

Uno de los animales más misteriosos y perseguidos es la ballena. ¿Pero sabes por qué echa agua por su cabeza?

Hace mucho tiempo, al otro lado del mundo Paraíso. Los animales más poderosos querían conquistarlo, pero tenían un problema: una inmensa masa de agua les separaba de su sueño. Entonces se acordaron de una ballena que surcaba los océanos montada en una resistente canoa. Se la pidieron prestada y el gran cetáceo se negó.

Pero la estrella de mar sabía que la ballena tenía una debilidad: le encantaba que le contasen cuentos. Y la estrella de mar le convenció para que se tumbase y comenzó a narrarle historias de príncipes, piratas y castillos de azúcar. Cuando la ballena estaba casi dormida, todos los animales se montaron en su canoa y se escaparon surcando las olas. Pero a la estrella de mar pronto se le acabó el repertorio de cuentos y la ballena se despertó, se dio cuenta de lo sucedido y entonces, llena de furia, comenzó una lucha encarnizada con la estrella.

Cuando terminaron la batalla, la ballena tenía un agujero en la cabeza y la estrella era más plana que una torta de aceite. El gran cetáceo comenzó a perseguir a su embarcación, pero de nada le sirvió. Y se quedó tan llena de rabia que le salió vapor de agua a presión por el agujero de su cabeza.

Moraleja:

La cólera es un arma arrojadiza que se vuelve contra nosotros. ¿Te sale espuma por la boca cuando te enfadas?

LA FÁBRICA DEL ORO

El cambur o banano es el árbol del que se recogen los plátanos, es un tronco que en la copa tiene unas hojas grandes y alargadas. Detrás de sus hojas se crea una pelusa blanca ligera y suave, en donde a veces se cobijan las serpientes, por lo que hay que tener cuidado con ellas. Cuando de improviso cae un temporal y se está lejos de casa, una hoja penetrada por un bastoncito ofrece un reparo, como paraguas.

Cada tronco produce un racimo, y cuando el fruto llega a maduración, el tronco seca y se muere o envejece y se tala. Pero de sus pies ya nacen numerosas plantas nuevas, que se pueden transplantar para cultivar el plátano.



Hace mucho tiempo vivía en una aldea cercana del río Mekong un tal Nai Ha. Amaba el oro más que cualquier otra cosa en el mundo. Nai Ha tenía una esposa e hijos, pero gastaba todo su tiempo en el secreto de fabricar el oro. Y bien temprano terminó por gastar su dinero en experimentar como obtenerlo, hasta el punto de que no fue capaz de mantener a su familia.

La esposa de Nai Ha no soportando más esa situación, así que fue a lamentarse con su padre. Éste hizo llamar a Nai Ha.

No le gritó, sino que con voz suave y gentilmente, le dijo:

-Mi querido Nai Ha, hasta hoy yo no sabía que tú eras así dedicado a las artes mágicas. Como sabes, también desde hace muchísimo tiempo me interesa lo mismo. Quiero confiarte un secreto mío: he logrado finalmente como obtener oro.

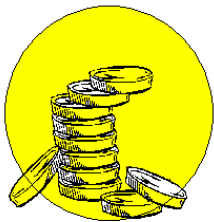
Todo excitado y lleno de curiosidad Nai Ha le rogó a su suegro que le revelara aquel secreto maravilloso que ya era el único fin de su vida.

-¡Ay de mí! – exclamó el anciano suegro. Me falta una cosa para poder fabricar oro, pero soy muy mayor para conseguirla. Si, solamente, tú quisieras ayudarme...

-¡Ciertamente que te ayudaré! Aseguró Nai Ha, que ya se sentía el dueño de la fábrica de oro. – dime solo aquello que debo hacer.

-¡Bien! Yo estoy dispuesto a desvelarte el secreto con el pacto de que colabores.

Lo que necesitamos son tres kilos de aquella pelusa que crece bajo las hojas de banano o cambures. Atención: las hojas de donde tomarás aquellas pelusas deben ser de los árboles de bananos que tu mismo has plantado y cultivado en tus campos. Cuando hayas recogido bastante pelusa, tráemela y juntos haremos el oro.



Nai Ha quedó tan feliz que corrió a su casa y enseguida narró a la esposa el pacto estipulado con el suegro. El día después la familia estaba comprometida a plantar árboles de bananos o cambures.

Con el tiempo las plantas crecieron, y con mucho cuidado Nai Ha sacaba de cada hoja la ligera pelusa. Estaba tan concentrado en el proyecto que ni se daba cuenta que la esposa y los hijos recogían los bananos y cada día los llevaban a vender al mercado de la aldea.

Después de 3 años de intenso trabajo, Nai Ha había recogido poco más de medio kilo de pelusa: un trabajo fatigoso, más, él no tenía otro pensamiento sino nada más el del oro que un día, con el padre de la esposa fabricaría. Finalmente después de 10 años, Nai Ha había logrado recoger 3 kilos de la blanca pelusa que le había pedido el suegro. La puso en un cesto y se la llevó al anciano.

-¡Bravo! ¡Bueno! Veo que has seguido, al pie de la letra, las instrucciones y que has trabajado con compromiso extraordinario – lo alabó el suegro.

-Ahora no queda más que una cosa que hacer: Abre por favor la puerta allá en el fondo.

Nai Ha se precipitó hacia la puerta y quedó como paralizado a la vista de tantos pedacitos de oro que había en la mesa, que destellaban al sol.

Sentados alrededor de la mesa, estaban sonrientes la esposa y los hijos de



Nai Ha.

-Este es el oro que hemos ganado vendiendo nuestros buenos bananos durante estos 10 años dijo amablemente la esposa de Nai Ha.

-Nai Ha, eres un hombre rico de verdad – se congratuló con el rostro satisfecho el suegro – ahora regresa a casa y continua junto a tu esposa e hijos cultivando bananos. En todos estos años has aprendido a transformar los bananos en oro.

Moraleja:

Si una persona cree en su trabajo y usa cada una de sus capacidades en el perseguir un fin, ciertamente logrará realizar sus aspiraciones. No debemos engañarnos por fáciles éxitos. Las empresas más importantes no se realizan con sueños o suspiros, sino con la fatiga y la tenacidad.

LOS SUEÑOS DE PAK DIRO

Los pueblos que habitaban las innumerables islas del sur este asiático tenían la fama de poseer muchas fantasías y de ser soñadores impenitentes o empedernidos. Puede ser que la combinación entre el clima tropical y la embriagadora belleza de la naturaleza los hace ser así. Tú sabes bien que quien tiene mucha imaginación y quien tiene la capacidad de soñar cae fácilmente en el truco que la férvida imaginación le tiende: crea para sí deseos y situaciones muy lejanas de la realidad que lo rodea. Pak Diro es ciertamente un simpático ejemplar de los que pertenecen a las muchas tribus de los soñadores.



Pak Diro era un campesino, y vivía en una aldea cerca de la ciudad de Kuala Lumpur. Este campesino pertenecía a un grupo de personas que les gusta soñar. Soñaba llegar a ser un hombre riquísimo, con grandes casas, rodeadas de bellísimas muchachas o doncellas que le sirvieran, y gozar de cualquier cosa, sin más que alzar un dedo. Su mujer, pobre mujer, le repetía continuamente: -¡Pak Diro, deja de soñar! Sin trabajar no se puede obtener nada de la vida. -Hazme el favor, - replicaba el - ustedes las mujeres no entienden nada del mundo de los hombres. Un día Pak Diro fue como arrebatado por una crisis mística, y decidió dirigirse a un monte sagrado donde haría oración, se alimentaría de hierbas y viviría en absoluta pobreza. Aunque nos costara sacrificio, un periodo de soledad será útil: los dioses nos ayudaran favorablemente - confió Pak Diro a la mujer que se mostraba admirada y sorprendida de aquella imprevista decisión. Llegados a la cima del monte los 2 peregrinos encontraron un viejo templo abandonado. Se establecieron convencidos que el ayuno y la penitencia les habría ayudado a acercarse a Dios y a conocer la voluntad sobre ellos. Una tarde, mientras aquellas dos almas solitarias estaban orando, apareció un anciano de barba larga y blanca. -Pak Diro - le dijo el anciano - tu devoción y la de tu mujer me conmovieron. Debes saber que yo puedo satisfacer cualquier deseo de tu corazón, presta atención, porque de tantos deseos que están en tu corazón puedo satisfacer dos. Escoge con cuidado lo que quieres pedirme.

- Si, si, santidad – exclamó Pak Diro lleno de felicidad
Se sentía confundido y excitado de no lograr ni siquiera hablar.

- Aquello... cuanto... yo... yo

- Espera, Pak Diro - le aconsejó el anciano venerable – reflexiona con calma antes de expresar aquello que deseas. Es cosa sabía que tu consultes a tu mujer.

- Todos quieren salud y felicidad y larga vida- dijo Pak Diro a la mujer. – podemos escoger solamente entre estas dos cosas. ¿Qué escogerías tú?

- Yo escogería la salud y la felicidad – sugirió la mujer.

- No, las cosas más importantes de la vida son las riquezas. En realidad si miras a tu alrededor puedes constatar que el hombre más inteligente está al servicio del más rico.

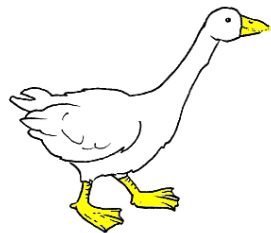
- ¿Qué hacer del dinero del mundo si te enfermas o si no eres feliz?
A este punto Pak Diro empezó a perder la paciencia, como siempre cuando su mujer tenía opinión distinta a la suya. En un momento de la discusión con la mujer, confundido por la ira el hombre exclamó:

- ¡Quisiera que te volvieras una oca!

Imprevistamente marido y mujer se encontraron rodeados de humo y relámpagos. Pak Diro cayó al suelo como fulminado. Cuando las fuerzas le volvieron y pudo levantarse, el pobre hombre se dio cuenta con susto que un deseo ya había sido escuchado: ¡la mujer había sido transformada en oca!

- ¿Cómo he podido desear una cosa como esta? – exclamó con hipo y sollozando Pak Diro. Y dirigiéndose de nuevo al anciano venerable que había hablado le suplico:

- Por favor santidad, devuélveme a mi mujer. No quiero ser marido de una



oca.

- El anciano apareció de nuevo y dijo:
- Este es tu segundo deseo, Pak Diro. Yo puedo transformar tu mujer, más no satisfacer algún otro deseo. Trabaja con responsabilidad, no pienses en el dinero. Y entonces serás feliz.

El viejo agitó la varita mágica que tenía en la mano y pronunció palabras misteriosas: enseguida la oca se convirtió en la mujer de Pak Diro. Cuando Pak Diro se dirigió al anciano venerable ya había desaparecido. Se sabe que Pak Diro no volvió a ser más rico. Siguió el consejo y vivieron con sencillez, y de mutuo acuerdo y felices.

Moraleja:

Es bueno que tengamos sueños y aspiraciones de mejorar, pero muchas veces, estas aspiraciones son simples caprichos egoístas y no pensamos en lo que la gente que nos rodea puede querer o necesitar para vivir mejor. Es decir, que al final lo mejor para los demás es también lo mejor para nosotros. La vida vivida con sencillez y honradez es más saludable que los grandes lujos.

TUMINAH Y EL OSO

En las fábulas orientales con frecuencia las personas y hasta las divinidades, se transforman en plantas o animales. Hasta entre nosotros, en la historia, suceden cosas similares. Lo que sucede es porque la fábula quiere hacernos soñar; en la narración magia y realidad se funden, y nuestra fantasía vuela a regiones lejanas y realiza nuestros sueños secretos. También Tuminah ha vivido un dulce sueño, y su despertar fue más alegre.



Omar vivía con una mujer y sus cinco hijas en un pequeño pueblo de la isla de Pinan. Las cinco muchachas eran todas bastantes graciosas; y aunque muchos jóvenes las habrían pedido por esposas, ellas todavía no habían encontrado ninguno que le gustase o fuese considerado digno de ser escogido como marido. Con el paso de los años las muchachas no eran tan jóvenes, tanto que Omar y su mujer empezaban a preocuparse, temiendo que sus hijas no encontrasen ocasión de casarse. Un día Omar y la esposa se sorprendieron bastante en el ver un simpático Oso acercándose a la casa. - ¿qué buscas? -le preguntaron. Muy educadamente el oso se acercó y dijo: - Le estaré muy agradecido si me permiten casarme con una de vuestras hijas - ¡Ah! ¿Quién ha escuchado que un oso se case con una joven? - ¿Por qué en lugar de reírse de mí no preguntan más bien a vuestras hijas si quieren casarse conmigo? No soy un hombre, más soy honesto y trabajador. Interpelada la de más edad rechazó decididamente: - ¿Casarse con un oso? ¡No, no, nunca! También las otras hermanas rechazaron la propuesta. Excepto la última, Tuminah, que era la más bella y la más dulce de todas. - ¿Casarse con un Oso? No me parece una elección que descartar. Si es gentil y honesto, será ciertamente mejor que tantos hombres. Las hermanas se reían. Fue así que después Tuminah se casó con el Oso.

Después del matrimonio frecuentemente los parientes y los amigos tomaban en broma la extraña pareja: pero esto no parecía turbar la armonía y la felicidad de los dos esposos. Tuminah no sabía todavía como el marido lograba encontrar dinero para vivir. Cada mañana al alba el Oso se dirigía al

trabajo, para regresar después a la noche profunda. Siempre más curiosa de conocer la verdad sobre este misterio, un día Tuminah decidió seguir al marido a escondidas. Él bajó a la playa, y aquí advirtió algo prodigioso: el Oso se despojó de la piel como de un vestido, y se transformó en un bellissimo joven. Después, subido en la barca, empezó a remar hacia adentro. Apenas el marido estuvo fuera de la vista, Tuminah salió del matorral donde se había escondido y se llevó la piel del Oso. Aquella tarde, cuando regresó el marido, no logró encontrar su piel. Tras un tiempo Tuminah se acercó al joven y dijo: - No te cambies de nuevo en Oso, te ruego. Eres más bello así como eres realmente. - ¿Te avergüenzas de mí? - No, más sería mucho más bonito si todos se dieran cuenta que tú eres un hombre. Cuando las hermanas descubrieron lo bello que era el marido de Tuminah, enseguida se pusieron celosas. Sin embargo Tuminah no se dio cuenta de este sentimiento: su corazón no había experimentado nunca lo que eran los celos. Enseguida, el marido le confió que marcharía para unos asuntos de negocios muy importantes: - Estaré varios meses fuera, pero cuando regrese seremos ricos. Tuminah se mostró comprensiva y generosa: aunque lo sentía mucho, aceptó que el marido se fuera. Las hermanas se sintieron aliviadas y dijeron a Tuminah: - Tu marido te ha dejado para siempre, no lo verás nunca más. Ciertamente volvió a ser Oso. Pasaron tantos meses que a Tuminah le



parecieron interminables.

Finalmente un día algunos pescadores corrieron a casa de Tuminah para decirle que el marido regresaba con una flota entera de naves llenas de tesoros inestimables: sedas, oro, jades y otras joyas. Tuminah se puso sus mejores trajes y corrió a la playa para recibir el marido. Las hermanas la siguieron. Repentinamente encerraron y amarraron a Tuminah y la pusieron en una barca lanzándola mar adentro. Mientras se acercaba la flota. Ninguna nave se dio cuenta de la barca que llevaba a la joven casi invisible por las altas olas. De última venía la nave almirante, engalanada de fiesta con banderas de mil colores: el joven que un tiempo vestía con piel de oso, hoy estaba vestido como el almirante de la flota. - ¡ALTO! ¡Anclad las naves! - gritó dándose cuenta de algo que se movía entre las olas. - ¿Qué cosa es aquella barca pequeña allá abajo? Como la nave se fue acercando, los

marineros vieron la figura de una joven amarada y tendida en el fondo de la barca. Bajaron un bote y levantaron a bordo a la joven. El marido enseguida la reconoció y lleno de asombro preguntó: - ¿Tuminah, que sucedió? Cuando Tuminah se incorporó, le dijo al marido lo que le había sucedido con sus hermanas. - Tus hermanas son unas brujas. Tienen necesidad de una lección. Entonces encomendó a la esposa que no saliera de la cabina de mando de la nave por ninguna razón. El comandante desembarcó. Las cuatro hermanas lo esperaban con vestimentas de grandes ocasiones. - ¿Dónde está mi esposa?, les preguntó - Nosotras no lo sabemos. Hace algunas horas bajó a la playa para recibirte, y desde entonces no lo hemos visto. Aquel día las hermanas quisieron hacer fiesta por el feliz retorno del cuñado y organizaron un gran almuerzo al que invitaron a toda la gente rica, la más importante de la isla. Mientras le servían los manjares y exquisiteces, el joven narró sus aventuras, y contó cómo logró quitar a los piratas el galeón cargado de tesoros. En fin concluyó: - Cuando estaba por llegar al puerto vi una pequeña embarcación que vagaba entre las olas. Dentro había una joven que había sufrido un atraco por los bandoleros, amarrada y abandonada a su destino. A estas palabras las cuatro hermanas empezaron a preocuparse. El joven dio unas palmadas y compareció Tuminah acompañada por algunos marineros. Estaba vestida de telas finísimas y tenía una corona de diamantes en su cabeza. Al verla las hermanas se sintieron morir de envidia y de miedo. - No os llevaré delante del Juez, como merecéis -dijo generosamente. - Pero exijo que dejéis el pueblo lo más rápido y que no os dejéis ver. Espero que esta lección os sea útil para el futuro. Nadie sabe donde se fueron las cuatro hermanas; lo que si se sabe es que Tuminah y su marido vivieron felices durante muchos años.

Moraleja:

También tú pruebas a veces la amargura de la envidia y de los celos. Pero también has experimentado el gozo sencillo y más íntimo de gestos de generosidad y de altruismo. Cuanto más espacio damos a los demás en nuestras vidas, tanto más nos sentimos contentos y apacibles. Cuando en vez nos replegamos sobre nosotros mismos o tenemos envidia o celos al éxito de los otros, nos descubrimos mezquinos y siempre más pobres.